



# Centenario de García Monge

*Norma Loaiza*

Cuenta un escritor ecuatoriano, Manuel Crespó, que “aquel señor Don Quijote, que no duerme a pierna suelta, y, antes bien, mantiene un ojo entreabierto, rumió una vez en su vigilia: ‘Hmm... voy a necesitar en América un hombre’. Y acá mandó a don Joaquín”.

Y en efecto, García Monge fue uno de los grandes quijotes de América. Y vino al mundo el 20 de enero de 1881 para cumplir una de las tareas más desinteresadas y fecundas de cuantas se han hecho en estas tierras hispanoamericanas. Por eso, ahora que celebramos el centenario de su nacimiento, se oyen voces por doquier. Voces que exaltan su benedictina labor. Voces que recuerdan su pensamiento y su mensaje alertador y guiador. Voces que exponen con criterio y honradez los recuerdos más íntimos.

La mayoría recuerda que el “Repertorio Americano” nunca fue casa de dos puertas, “difícil de guardar” decía Ermilo Abreu Gómez. Y que en ese taller de ideas, más en lo ajeno que en lo propio, trabajó un hombre culto y veraz. Dos virtudes difíciles de juntar en un solo individuo.

Y aunque en Costa Rica suman miles quienes estuvieron cerca de él, todos hacen realidad aquellas generosas y reconfortantes palabras que en una ocasión dijo don Joaquín: “Ninguno de mis discípulos será nunca un garciamongeano; seguirá no mis preceptos, sino los propios instintos de su alma y el impulso de su Creador”. Y si hacemos un recuento, Costa Rica se honra con toda esa espléndida cosecha de sus discípulos: Billo Zeledón, Omar Dengo, Rómulo Tovar, Octavio Jiménez Alpizar, Mario Sancho, Carmen Lyra, María de Noguera, León Pacheco, Carlos Luis Sáenz, Rodrigo Facio, Juan Manuel Sánchez, Francisco Amighetti, Max Jiménez Huete, Emma Gamboa, Fabián Dobles, Yolanda Oreamuno, Alfredo Cardona Peña, Carlos Salazar Herrera, Luis Ferrero... Como éstos son tantísimos los nombres ilustres de la civilidad costarricense que algo debieron a García Monge.

Hoy recordamos a tan ilustre progenitor. Vienen a nuestra memoria sus ideas y acciones como educador, como periodista, como bibliotecario, como editor. Y, sobre todo, como conductor espiritual que logró forjar en Costa Rica un hogar intelectual que unió a las gentes más cultas de América. Un guía espiritual que fijó rumbos de lo que debe ser América como cuna de la civilización pacífica, un Quijote de América como lo fueron aquellos grandes hombres a los que él recordaba: Bolívar, Bello, Martí, Sarmiento, Hostos, Varona... Recordamos a aquel civilizador, su personalidad humana tan libre, cauce de acción y reivindicaciones nacionales, que siempre luchó por el imperio de la magistratura civil. Y Costa Rica entera recuerda al hombre extremoso en tolerancia y respeto hacia las ideas de los demás. Al hombre que sacrificó riqueza y gloria por sus ideales. Al hombre que vivió una vida material sencilla, pero refinada.

En síntesis, recuerda y ama al maestro de juventudes.